

SOFRONIO DE JERUSALÉN

# SUEÑOS Y CURACIONES

RELATOS DE MILAGROS  
EN LA ALEJANDRÍA BIZANTINA

Edición preparada por  
NATALIO FERNÁNDEZ MARCOS

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2016

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición  
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



© Introducción, traducción y notas de Natalio Fernández Marcos

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2016  
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España  
Tel.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563  
ediciones@sigueme.es  
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1949-3  
Depósito legal: S. 544-2016  
Impreso en España / Unión Europea  
Imprenta Kadmos, Salamanca

# CONTENIDO

*Introducción,*  
de Natalio Fernández Marcos,  
9

RELATO DE LOS MILAGROS  
DE LOS SANTOS CIRO Y JUAN  
por Sofronio, monje sofista,  
27

Comienzo de los milagros  
escritos sobre los egipcios y libios,  
137

Comienzo de los milagros  
escritos en favor de los extranjeros,  
191

*Índice general,*  
251

# INTRODUCCIÓN DEL EDITOR

«El cristianismo era una religión con un relato» (A. Cameron)<sup>1</sup>.

## 1. CUÉNTAME UNA HISTORIA

En la antigüedad tardía, uno de los mayores anhelos de la gente del pueblo era escuchar historias. No tenían por qué ser historias verdaderas; lo importante era que fuesen bellas y que cumplieren los dos objetivos de la antigua retórica: deleitar y entretener. En los escritos de los cristianos que asumían las normas de la retórica clásica, a estos dos objetivos se sumaba un tercero: edificar, o sea, mover los sentimientos de los lectores o de los oyentes hacia la fe ortodoxa. Estos relatos tuvieron una importancia extraordinaria para la formación y desarrollo del discurso cristiano y para la creación de opinión entre la gente.

El cristianismo comenzó a contar historias desde sus mismos orígenes: la propia tradición oral y la puesta por escrito de los evangelios. Aunque no fuera estrictamente una religión del libro, pronto se convirtió en una «religión de libros». Pero los evangelios canónicos dejaban muchos hilos sueltos y no satisfacían del todo la curiosidad de los lectores. De modo que pronto surgieron, a partir del siglo II una serie de escritos complementarios y ampliaciones que también adoptaron la forma de relato. En los siglos II-III se publican las Actas de los mártires. Y en los siglos II-IV proliferan los Evangelios apócrifos y los Hechos apócrifos de los apóstoles. Paralelamente, van apareciendo los encomios y las vidas de santos, las historias breves en torno a las gestas de los atletas del desierto que proclaman los ideales ascéticos y ensalzan los orígenes del monaquismo. Todos estos relatos van configurando el discurso cristiano.

1. A. Cameron, *Christianity and the Rhetoric of Empire*, 89.

En los siglos VI-VII irrumpen con fuerza colecciones variopintas de relatos de milagros vinculados a santuarios particulares. Estas colecciones ofrecen una de las perspectivas más valiosas para iluminar las actitudes y creencias de la gente ordinaria. Estas narraciones no se pueden rechazar sin más como simples cuentos ingenuos escritos para satisfacer la curiosidad del pueblo piadoso. Como dice Cameron: «Sophronio, por ejemplo, el editor de los *Milagros de Ciro y Juan*, fue más tarde patriarca de Jerusalén y uno de los escritores más relevantes y consumados del siglo VII»<sup>2</sup>.

## 2. SOFRONIO DE JERUSALÉN

En febrero del año 638 el califa Omar cruza a lomos de su camello las puertas de Jerusalén acompañado de Sofronio, último patriarca de la ciudad santa. Pasan revista a los santuarios de la ciudad y el califa exige un terreno para edificar la mezquita que llevará su nombre. El patriarca lo conduce hasta el emplazamiento del templo de Salomón, repitiendo, según se cuenta, las palabras del profeta Daniel: «La abominación de la desolación (Dn 12, 11) están en el lugar santo». Tras una larga resistencia de la ciudad, el patriarca había exigido para la rendición la presencia del mismo Omar, quien quiso entrar en ella como peregrino y no como conquistador.

Sobre la vida de Sofronio existe una bibliografía lo bastante amplia (Schönborn) como para no repetirla en el marco de esta publicación. Señalaré tan solo aquellos rasgos más característicos de la misma que contribuyen a comprender mejor el conjunto de su obra, y en concreto su colección de milagros de los santos Ciro y Juan.

Nace Sofronio en Damasco en torno al año 550. Menciona su patria en un epigrama autobiográfico y no tenemos ningún motivo para poner en duda este dato. Al comienzo del milagro 54 inserta un elogio de la ciudad con la enumeración de sus ilustres antepasados. Y en el milagro 70, autobiográfico, que describe su propia curación, insiste en que Damasco es su ciudad natal. Su

2. A. Cameron, *Christianity and the Rhetoric of Empire*, 212.

origen sirio no carece de importancia para entender tanto su personalidad como su producción literaria. En su prosa rítmica ha tenido que influir el hecho de que Damasco fue la cuna de ilustres cantores, así como la rica floración de la himnografía siríaca (Bouvy). Es muy posible que en su ciudad natal recibiera una refinada educación helénica, y allí fue donde debió conseguir el título de σοφιστής –profesor de retórica que enseña a componer discursos–, título con el que se le denomina a su llegada a Egipto. Sin embargo, antes de llegar a Alejandría pasaría por Tierra Santa, como tantos otros peregrinos; estaba además ligado por lazos de parentesco y de amistad a algunos monjes de la Laura de San Teodosio, en las proximidades de Jerusalén. Entre estos hay que destacar a Juan Mosco, con quien le uniría una amistad profunda hasta la muerte de este. Las expresiones de mutuo aprecio y de reconocimiento se suceden en diversos pasajes del *Prado* y de los *Thaumata*. A Sofronio le dedicará Juan Mosco su principal obra, el *Prado espiritual*.

De Palestina parte para Egipto acompañado de Juan Mosco, probablemente con el propósito de completar su formación literaria, dado el prestigio que tenía la escuela de Alejandría. Juntos parten hacia el Sinaí, en cuyos monasterios permanecerá Sofronio posiblemente unos diez años. Juntos visitan, en torno al 594, diversos monasterios de Palestina situados en las proximidades del Jordán, y los monasterios de Fenicia, Antioquía, Tarso y Cilicia. De vuelta a Alejandría colaboran con el patriarca Eulogio (580-606) y sobre todo con Juan el Limosnero (610-620) en la conversión a la fe ortodoxa de la población monofisita, que era mayoritaria en Alejandría.

Durante su estancia en Egipto le sorprende la enfermedad de los ojos que describe en el milagro 70. Acude en peregrinación al santuario de los santos Ciro y Juan en Menute, y allí experimenta la curación a través de una vivencia onírica de fuerte contenido visionario y emocional. Como consecuencia de esta curación y en agradecimiento a los santos escribe la colección de los setenta milagros durante el patriarcado de Juan el Limosnero, entre los años 610 y 615, y probablemente antes de la conquista de Jerusalén por los persas en 614, puesto que en las setenta narraciones de milagros no se hace ninguna mención a ella.

A partir del año 619 apenas tenemos información sobre las actividades de Sofronio. Según Schönborn, permaneció en el monasterio de San Teodosio, cerca de Jerusalén, todo ese tiempo. En 633 protagoniza una protesta contra la fórmula de unión entre católicos y monofisitas de Egipto, elaborada por Sergio, patriarca de Constantinopla, y por Ciro, patriarca de Alejandría. Tras regresar de Constantinopla a Jerusalén en el otoño del 633 es obligado por elección popular a ocupar la sede de Jerusalén. Al año siguiente escribe una carta sinodal que deja entrever una doble preocupación: insistir en las dos voluntades de Cristo y hacer un llamamiento al imperio bizantino contra los árabes. Estas fueron las dos obsesiones de su patriarcado, que solo duró cuatro años. En febrero del 638 entrega por capitulación al califa Omar las llaves de la ciudad santa. Todo induce a pensar que Sofronio moriría probablemente entrado ya el año 639.

### 3. «INCUBATIO» PAGANA E «INCUBATIO» CRISTIANA

La *incubatio* es uno de los ritos más primitivos que ha usado el hombre para entrar en contacto y comunicarse con la divinidad. Según las distintas regiones y épocas de la historia ha prevalecido la finalidad terapéutica o mágica de esta práctica. El encuentro con el numen del lugar se busca a través de la experiencia onírica, porque el sueño, para el hombre primitivo, pertenece a la esfera de lo divino. La *incubatio* fue conocida y practicada por los asirios, los egipcios y probablemente los israelitas. Incluso para algunas tribus indias contemporáneas de Canadá se puede afirmar que los sueños son su Biblia<sup>3</sup>.

Pero para el estudioso de la tradición clásica este rito va inseparablemente unido a un nombre: el del dios Asclepio. Del éxito y popularidad de esta religión en la antigua Grecia hablan las grandiosas ruinas de los santuarios de Epidauro y Pérgamo, y los restos de los más de doscientos templos con el nombre de *Asclepieion*. En la época helenística, prácticamente cada región del imperio de Alejandro contaba con un santuario de Asclepio o de otra divinidad curadora asimilada a su culto, especialmente

3. N. Fernández Marcos, *Sofronio*, 207.

Sérapis e Isis en Egipto. Medicina, religión y magia se daban cita en este tipo de instalaciones que colmaban las ansias de salvación (σωτηρία) de los incubantes.

Esta piedad popular no era practicada únicamente por las clases bajas de la sociedad, necesitadas de un lenitivo para su miseria y marginación. Espíritus cultivados como Plutarco, Libanio o Elio Aristides buscaron por medio del sueño las epifanías de la divinidad. Y de varios césares, entre ellos Justiniano, se cuenta que fueron curados mediante este procedimiento. Justiniano habría obtenido la curación durmiendo en el santuario de los santos Cosme y Damián en Constantinopla. Y el ambiente social de los milagros relatados en estos textos refleja más bien las costumbres y anhelos de la clase alta.

Pues bien, este fenómeno de la *incubatio* se puede detectar en la antigüedad tardía en diversos templos cristianos. De este modo, se continúa la misma tradición terapéutica sacra en aquellos santuarios cristianos de algunos santos curadores que han logrado suplantar a las antiguas divinidades paganas. En el marco de la historia de las religiones topamos con un ejemplo típico de suplantación de culto muy similar a los que conocemos por la religión griega. Cuando el cristianismo se consolida como nueva religión del imperio cambia el nombre del numen local e incluso el templo material, pero la fuerza operativa (δύναμις) permanece afincada en aquel lugar sagrado desde siglos atrás y, por consiguiente, los ritos se perpetúan. El conservadurismo de este tipo de costumbres y tradiciones locales es un principio confirmado en la historia de las religiones.

La *incubatio* se halla atestiguada en diversos santuarios de la Iglesia griega. Sin ánimo de ser exhaustivos, podemos mencionar los siguientes: el templo de san Miguel en Sostenio, en las cercanías de Constantinopla; el de los santos médicos Cosme y Damián en Constantinopla y en Egas (Cilicia); el de santa Tecla en Seleucia; el de los santos Ciro y Juan en Menute, a pocos kilómetros al este de Alejandría; el de san Teodoro en Euqueta del Ponto, etc. Casi todos ellos gozan de una situación geográfica privilegiada, muy cerca del mar, y en casi todos se puede descubrir la divinidad pagana subyacente. Cosme y Damián suplantaron probablemente a los Dióscuros; Tecla a Sarpedón, dios tutelar de



la región de Seleucia; Ciro y Juan a Isis y Sérapis, divinidades curadoras de los egipcios, y Teodoro a Men, numen de la zona del Ponto (Deubner).

Las creencias subyacentes a la práctica de la *incubatio* son dos: a) que la divinidad o el héroe tienen una morada estable en el lugar del oráculo, y b) que solo se hacen visibles al ojo humano en el recogimiento espiritual del sueño.

Los cristianos de los primeros siglos coincidían con los paganos en atribuir a los sueños una importancia excepcional. Como vivencia terapéutico-religiosa, la *incubatio* cristiana continúa la experiencia de la pagana. Se hereda la misma terminología; se adoptan los mismos esquemas para la descripción de los sueños, las epifanías de los santos, las curaciones y los remedios aplicados. Se observa un comportamiento muy similar de los santos en relación con sus fieles e idéntico tipo de religiosidad en los incubantes. Pero asimismo se aprecian algunas adaptaciones. Los ritos preincubatorios, que variaban de acuerdo con los distintos *Asclepieia*, se simplifican en los santuarios cristianos y quedan reducidos en la práctica a la plegaria y a los baños purificatorios y terapéuticos.

A través de los textos de las distintas colecciones cristianas de milagros se desprende que la *incubatio* no solo fue tolerada, sino incluso fomentada en algunas iglesias locales. Ocasionalmente, la Iglesia promovió esta clase de establecimientos y centros de peregrinación como único medio de asimilar, suplantar y cristianizar los antiguos cultos paganos.

¿Cómo se explica este cambio de actitud en la Iglesia al intentar apropiarse de esta práctica en una ciudad como Alejandría, que había presenciado en el siglo IV una encarnizada persecución contra los templos e instituciones paganas? Si seguimos atentamente las distintas etapas de helenización de la Iglesia, este fenómeno no resulta tan contradictorio como podría parecer a primera vista. En efecto, después de un primer período de rechazo total del helenismo, en el que se pone de relieve el aspecto de novedad de la nueva religión (τὸ τρίτον γένος frente a judíos y griegos), y que culmina con los apologistas del siglo segundo, se produce con Clemente de Alejandría y Orígenes un primer acercamiento a la filosofía griega. Al ser el cristianismo legalizado con Cons-

tantino (313), y convertirse después en religión oficial del Estado con la prohibición de los cultos paganos con Teodosio I (380), la nueva religión tiene asegurada su supervivencia.

Los santuarios paganos son destruidos paulatinamente. Con las conversiones en masa de la población rural, cristianizada no pocas veces a regañadientes, penetran en la Iglesia algunas de estas prácticas de la religión griega y de la religiosidad helenística. Así se explica el resurgimiento del rito de la *incubatio* a partir del siglo V en varios templos cristianos. Al éxito de esta práctica contribuye la profunda raigambre bíblica de los sueños como medio de revelación divina, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, en especial en el Evangelio de Mateo y los Hechos de los Apóstoles. Esta tradición bíblica creaba un clima favorable para la aceptación de esta práctica, de modo que solo se necesitaba una ligera adaptación en la fundamentación religiosa del rito.

El sueño era, por otra parte, la única práctica terapéutica o mántica accesible a todos los estamentos sociales. A comienzos del siglo V, el obispo neoplatónico Sinesio de Cirene observa en su *Tratado sobre los sueños*: «El sueño es el único modo de adivinación que está al alcance de todos. Tiene sueños lo mismo el *pentacosimedimno*<sup>4</sup> que el *zeugites*<sup>5</sup> o el mercenario. El sueño es el reino de la libertad, ya que ningún tirano puede impedir que lo tengamos» (PG 66, 1305). Dodds piensa que esta fue la razón por la que el sueño pasó a ser la única práctica adivinatoria tolerada por la Iglesia<sup>6</sup>.

El triunfo de estos santos curadores se explica también porque ejercen una medicina gratuita —*ἀνάγγυτοι* se les denomina en cada página de los milagros—, en una época en la que la mayoría de la sociedad no podía afrontar los honorarios exigidos por los médicos.

Este tipo de relatos milagrosos hereda también los esquemas literarios de un género helenístico bien conocido: la aretología religiosa onírica. El desarrollo de este género se puede seguir desde

4. Terrateniente de primera clase en posesión de tierras que producen 500 *medimnoi* (medida de grano o cereal) al año.

5. Soldado raso o también propietario de una pareja de bueyes.

6. E. R. Dodds, *Pagan and Christian in an Age of Anxiety*, 39.

sus comienzos griegos en las estelas de Epidauro hasta las inscripciones votivas a Asclepio en la época romana, bastante más amplificadas, y los discursos de Elio Aristides, de tono más entusiasta y retórico. Dentro de esta evolución los milagros de Sofronio representan, al final de la antigüedad tardía, el barroco de este género literario, en el que se funden las ἐκφοράσεις<sup>7</sup> y galas retóricas con los motivos de las leyendas educativas monacales. Los esquemas de la *incubatio* se repiten cuantas veces sea necesario para inculcar una doctrina concreta, normalmente la ortodoxia del concilio de Calcedonia (451).

Muchas veces los relatos se convierten en puro vehículo literario portador de una lección doctrinal concreta. De acuerdo con los cánones de esta literatura, cumplen su doble finalidad de edificar y divertir a un auditorio ávido de historias extraordinarias. Un ejemplo bastará para ilustrarlo. En el milagro 24 de la colección de Cosme y Damián aparece por primera vez la conocida historia de la curación simultánea del paralítico y de la mujer muda. Y en una versión más pagana que su equivalente de Epidauro (milagro 16 de Asclepio), en la que el paralítico se cura al perseguir a un muchacho que le había robado una de sus muletas. En cambio, Cosme y Damián ordenan en sueños al paralítico: «Si quieres ponerte sano, acuéstate con la mujer muda». El enfermo no da crédito a sus oídos y tienen que repetírselo tres veces. Por fin, el paralítico se acerca por la noche a la estera de la mujer muda. Al sentirlo cerca, la mujer gritó y aquel huyó corriendo: «el paralítico enseñó a la muda a hablar con toda claridad; la muda enseñó al paralítico a correr libre de trabas».

También Sofronio menciona esta misma historia en la parte final del milagro 30, atribuyéndola a los santos Ciro y Juan, aunque reconoce que ya está en la colección de Cosme y Damián. Por ese motivo no la incluye en su colección, pero comenta que no tiene nada de extraño que los santos repitan las mismas curaciones, puesto que todos participan de la misma δύναμις curadora procedente de Cristo.

7. Abundan las digresiones fisiológicas, médicas, geográficas y lexicales. Estas descripciones se adaptan a los preceptos escolares de los antiguos teóricos de la retórica.

ACERCA DE AMMONIO, COBRADOR DE LA OCTAVA<sup>1</sup>,  
QUE TENÍA PAPERAS EN EL CUELLO

1. Al comenzar la narración de los milagros, pienso que es justo contar primero los pertenecientes a la ciudad en la que ocurrió la maravillosa competición de los mártires y en la que está construido su venerable santuario, para que no entristezcamos a los alejandrinos poniendo delante a otros en lo que les es propio; ni deshonremos a la ciudad misma que es la más grande y hermosa y agradable, y digna por ello de ser colocada en primer lugar, para que los milagros escogidos como inicio de la narración sean testigos verdaderos de tan gran pueblo y de tal ciudad, y transmitan credibilidad a los que van a contarse después.

2. Así que inicie Ammonio nuestros milagros, puesto que él era de los principales de la ciudad, destacaba por su riqueza y era agraciado con un buen padre. Puesto que bastantes años administró la iglesia de los alejandrinos su padre Eulogio, que gobernaba la sede de maravilla; y él estaba al frente de la octava —que es un tributo semanal—, que se recogía injustamente, pero se administraba con piedad. El hijo lo percibió antes de su muerte.

3. De modo que este Ammonio, cuando era todavía joven y engalanaba la etapa de su adolescencia con la belleza del cuerpo, tuvo un padecimiento grave en el cuello que los médicos llaman con razón paperas, porque se parecen a esos animales [los cerdos]<sup>2</sup>, que producen esta enfermedad y crean nuevas pocilgas en los cuellos de los pobres hombres. Estas habían cercado el cuello del joven y se alimentaban como en el vientre de una madre, y con su aumento paulatino tensaban el cuello y le obligaban

1. Impuesto sobre los productos importados.

2. Juego de palabras en griego entre el nombre de la enfermedad (χοιράδας) y el nombre del cerdo (χοῖρος).

a crecer con ellas, de forma que habían colocado al muchacho en un gran aprieto, atrapándole y ahogándole con la hinchazón de la piel.

4. El padre, por su parte, llamaba a los médicos más altivos, les mostraba el padecimiento del joven y suplicaba que socorrieran al muchacho que estaba en peligro, y ofrecía dignas recompensas por la salud antes de recuperarla. Y los médicos, que tenían en gran estima a Julián —pues este era el nombre del padre— juraban que amaban al muchacho más que a él. Por lo demás, arrastrados por el tirón de las recompensas, perjuraban que era preciso sanar la enfermedad y prometían proporcionar esta cura tanto por la reverencia y el honor hacia el padre como por el amor y afecto hacia el muchacho.

5. Así que movieron todos los mecanismos de la ciencia, y manipularon, si es posible decirlo, los que están más allá de la ciencia, pero no consiguieron nada, puesto que la salvación del muchacho estaba reservada a los mártires. Porque el padre lo arrancó de los médicos y lo llevó a los verdaderos médicos, Ciro y Juan; regaba con lágrimas su venerable túmulo y suplicaba que fueran propicios al muchacho y que no pasaran por alto a su hijo atrapado en semejante tempestad. Y ellos escuchan al anciano y no desprecian las lágrimas de la oración. Curaron al joven y lo libraron con brillantez de aquella terrible soga del cuello.

6. Pero pienso que sería injusto si no hiciera también memoria de la curación. Pues al ver al muchacho arrogante e insolente por el alarde de la riqueza, no hicieron cesar los tumores que tensaban el cuello antes de que hubieran curado la jactancia del alma. Porque se preocupan más de la integridad de las almas que de la curación de los cuerpos.

7. Así que, al ver a Ammonio enfermo de alma y cuerpo y que yacía aquejado en los cuellos de ambos, se dignaron curarlo del siguiente modo: en primer lugar ordenan que limpie los alrededores de su túmulo venerable para que aprenda a no pensar más allá de lo que conviene pensar, para que mediante la inclinación hacia abajo y a la tierra, aprenda de dónde fue tomado y adonde un poco después volverá, como dice Dios a Adán, el primer formado: «Con sudor de tu rostro comerás tu pan hasta que vuelvas a la tierra de donde fuiste tomado; porque tierra eres

y a la tierra volverás» (Gn 3, 19). Y el divino David dice a Dios: «Les quitarás su espíritu, y desfallecerán, y a su polvo volverán» (Sal 103, 29).

8. Mas de esta manera marchitaron el tumor del alma del joven y tras haberle obligado a aprender quién era, enviaban el remedio sobre el padecimiento del cuello corporal, las paperas. Era este el emplasto omnipotente de su cerato que, mezclado con pan, ordenaron aplicar alrededor del cuello. Y una vez producido el mandato de los santos, el muchacho se libró del padecimiento, puesto que las paperas no lograron resistir muchos días al remedio.

9. De ahí que una vez aplicado el remedio huyeron con tal rapidez como si alguien las estuviese azotando o persiguiendo. Y de repente se desgarró la membrana del cuello que las rodeaba y cayeron delante del sepulcro de los santos –y eran sesenta y siete como decían los que las contaron–. Los que entonces servían al templo las vieron durante muchos días delante del sepulcro de los santos, mostrando la fuerza de los mártires y moviendo a todos a una alabanza que agrada a Dios. Y Ammonio, que recibe una doble curación por una doble enfermedad, fue devuelto sano a su progenitor.

10. Pero después de algún tiempo su juicio se vuelve otra vez altanero y, olvidándose del correctivo precedente, es amonestado de nuevo con una enfermedad corporal, y mediante castigos de los mártires se le enseña a tener un juicio mejor. Corría peligro por una enfermedad grave del estómago. Los asclepiadas llamaron cólico al padecimiento, y pensaron que no era una indisposición del estómago por la diferencia en el tipo de dolores, y veían que estos eran mayores que los del estómago. Pues no era capaz de tomar nada que no devolviera enseguida por la boca; su vientre no era capaz de digerir lo que enviaba el estómago, constreñido por los retortijones y sometido por los agudos dolores; no soportaba retener en él el alimento, sino que inmediatamente lo devolvía al bajar y arrojaba por la boca impidiendo que atravesase por él.

11. Pero si los médicos y otros que visten la toga<sup>3</sup> no fueron capaces de captar la enfermedad apoyados en el refinamien-

3. Gr. τριβων, manto de filósofo, en especial de los cínicos e iatrosofistas.

to de las palabras —pues todos corrían a presentarse—, tampoco consiguieron propiciar la curación. Por más que la investigaron movidos por el anhelo de ser recompensados, para conseguir el suave dinero de las pagas y la más agradable gloria de la buena reputación.

12. Por lo cual Ammonio, una vez que los descalificó a todos ellos y que no encontró ningún provecho de su parte, que no fuera convencerle de su debilidad frente al padecimiento; y que son ciertamente muy poderosos de palabra, pero incapaces de curar de hecho, sale de nuevo hacia Ciro y Juan en la creencia de que solo ellos son sus médicos después de Dios. De ahí que alcanzara de inmediato la curación como premio adecuado de la fe en ellos que había conseguido. Y el remedio para el estómago consistía en aceite y cerato de los que iluminan su túmulo con fulgor radiante. Así los mártires corrigieron la vanidad de su alma con el fármaco correspondiente.

13. Pues vienen por la noche a Ammonio y le ordenan quitarse su vestido muelle y vaporoso y ponerse una vestidura áspera que tiene un tejido de estopa y que se llama saco por la aspereza próxima a la del saco —lo que se ponen encima los mendigos por ser muy barato y sin valor—. Le dijeron que vistiese el saco en lugar del vestido precioso y distinguido, y le ordenan que lleve sobre los hombros el agua potable a los hermanos enfermos. Y le prescriben que no lleve una vasija sino dos sobre sus hombros, afirmando que no se curaría si él no cumple primero lo mandado.

14. Y él cumplió la orden de los santos: sacó como convenía el agua con la indumentaria prescrita y consiguió la salud prometida a semejante acción. Y de esta forma Ammonio escapó también de esta enfermedad y se retiró alabando a los médicos que habían perseguido también la enfermedad precedente. Y nosotros, entonando también himnos a los santos —pues estos son después de Dios los médicos de las dolencias mencionadas—, pasemos a otra de sus admirables curaciones.